

enemigo; pero conozco tus tretas. Para vergüenza de todos los viudos, V. corteja á la niña que se criaba para mí. El buen Sachs quiere obtener así la rica herencia del joyero con aprobaci6n de los maestros, y con sus malas artes seducir á la joven. Pero yo no soy tan tonto; V. con su gritería y sus golpes quiso impedir el efecto de mi canci6n, y hacer que la niña no se enterase de que otro la cortejaba. ¡Jah, jah, jah, jah! Ahora descubro sus astucias... V. mand6 al aprendiz á que me diera de palos; ¡oh! ¡oh! ¡oh! y para hacerme escarnio de la señorita, me dej6 maltrecho y abatido, sin poder valerme; á mi propia vida atentaron, pero yo he salido con bien de este paso, para tomar venganza... Atrévase á cantar, que aun apaleado y todo, ya verá V. lo que le sucede...

SACHS.—Amigo mío, está V. en un error. Usted puede creer lo que le dé la gana, pero yo no me caso.

BECKMESSER.—¡ Mentira! ¡ estoy mejor enterado!

SACHS.—¡ Pero qué diablos se le ocurre á V., maestro Beckmesser! ¡ y qué le importa lo que yo haga! De todos modos, créame V. á mí; desisto de mi pretensi6n...

BECKMESSER.—¿ No quiere V. cantar hoy?

SACHS.—No en el certamen.

BECKMESSER.—¿ En el certamen no?

SACHS.—No.

BECKMESSER.—¿ Y si tuviera una prueba de lo contrario?

SACHS (*mirando á la mesa*).—¡ Ah! la poesía que dejé aquí, y que V. se ha metido en el bolsillo!...

BECKMESSER (*saca el papel*).—¿ No es letra de su puño?

SACHS.—Sí, era esto.

BECKMESSER.—Todavía está fresca la letra.

SACHS.—¿ Todavía está fresca la letra?

BECKMESSER.—¿ Quizás era un canto bíblico?

SACHS.—¡ Error!

BECKMESSER.—¿ Pues?

SACHS.—¿ Cómo?

BECKMESSER.—¿ Y V. pregunta?

SACHS.—¿ Qué más?

BECKMESSER.—Que V., con toda su apariencia de hombre honrado, es un solemne brib6n.

SACHS.—Pero nunca he robado lo que encontré encima de las mesas ajenas. Yo le regalo á V. el papel, para salvarle de compromisos.

BECKMESSER (*con un salto de alegría*).—¡ Cómo! una poesía!... una poesía de Sachs! Quizás me la cede para meterme en otro embrollo! V. se la sabrá de memoria!

SACHS.—Nada tema V.

BECKMESSER.—¿ V. me la da?

SACHS.—Para que no sea V. un ladr6n.

BECKMESSER.—¿ Y puedo hacer de ella el uso que guste?

SACHS.—Lo que V. quiera.

BECKMESSER.—¿ Y puedo cantarla?

SACHS.—Si lo logra.

BECKMESSER.—¡ Ah si pudiese obtener el triunfo!

SACHS.—Mucho lo extrañaría...

BECKMESSER (*ingenuamente*).—¡ Es demasiado modesto! pues digo, un canto de Sachs! Esto es importante. Oiga lo que me pasa y qué malo estoy. Mucho me costó mi poesía de ayer; pero con lo que ayer ocurrió y apaleado y abatido, temí que no podría componer otra, y que me vería obligado á desistir de mis pretensiones. Pero ahora, con la canci6n de V. estoy seguro de vencer. Si V. me la da, demos al olvido la riña y las disputas pasadas. (*Mira receloso el papel y de repente frunce el ceño.*) ¡ Pero si fuera esto una aña gaza! Ayer era V. mi enemigo. ¿ Cómo es posible que después de tanto reñir, se vuelva V. de repente mi amigo?

SACHS.—Trabajé de noche, por acabarle los zapatos: ¿se hace tanto por un enemigo?

BECKMESSER.—¡ Está bien! pero jure que nunca dirá que sea V. el autor de la canción.

SACHS.—Juro que nunca diré que sea yo el autor.

BECKMESSER (*muy alegre*).—¿ Qué quieres más, amigo Beckmesser? puedes estar tranquilo.

(*Frotándose las manos.*)

SACHS.—Le advierto y aconsejo que la estudie mucho; no es muy fácil.

BECKMESSER.—V. es un buen poeta, amigo Sachs; mas, para componer música, no hay otro como yo. Atienda V. bien, no hay otro como Beckmesser! Si V. me oye la canción, se convencerá de ello. Voy al instante á aprenderla de memoria y á componer sin pérdida de tiempo. ¡ Ay, amigo Sachs! y cuán mal le juzgaba! Lo ocurrido ayer me sacó de quicio. Se me va la cabeza... Ya ajustaré yo la letra á la melodía... No puedo detenerme; he de salir... Muchas gracias; muchas gracias por su buena intención... He de comprar las obras de V... No ha de faltarle mi voto para la elección de juez... Pero no apuntará V. á martillazos... sino con el yeso... ¿ está entendido? Juez... será V. juez... Hans Sachs... ¡ viva Nuremberg!... viva el arte de la zapatería!

(*Vase corriendo, cojeando y atropelladamente como si fuera loco.*)

SACHS (*con malicia*).—Nunca hallé quien fuese astuto hasta el fin. No hay hombre sin un momento de flaqueza en el cual se deja engañar. Ese hurto de Beckmesser favorece mis proyectos. (*A través de la ventana ve acercarse á Eva.*) Eva! Cabalmente estaba pensando en ella! (*Eva, ricamente vestida, con un traje blanco y adornada de brillantes, entra en la tienda.*) ¡ Salve, Eva! qué guapa! cómo presume V. de hermosa! hasta á los viejos como á los jóvenes, obliga á echarle flores!

EVA.—¡ Maestro!... no hay peligro... El sastre me ha vestido muy bien, pero nadie diría que me doliese el zapato.

SACHS.—V. tiene la culpa. ¡ Como no quiso probarlos V. ayer!

EVA.—Es verdad; confié en el maestro y me he equivocado.

SACHS.—Lo siento! Á ver, hija mía! á ver si lo arreglamos!

EVA.—Cuando estoy de pié menos mal, pero en cuanto ando, he de detenerme.

SACHS.—Á ver! ponga el pié en ese taburete! Ya lo remediaremos! (*Eva pone el pié en el taburete cerca de la mesita.*) ¿ Qué hay? ¡ veamos!

EVA.—¿ No ve V. ? está demasiado ancho!

SACHS.—Pura vanidad, porque está estrecho!

EVA.—Pero si me duelen los dedos...

SACHS.—Aquí, el izquierdo.

EVA.—No, el derecho.

SACHS.—¿ Y la planta?

EVA.—No; cerca del talón.

SACHS.—¿ También ésta?

EVA.—Entonces, sabe V. mejor que yo dónde me aprieta el zapato.

SACHS.—Lo que extraño, que siéndole ancho, le apriete de todos lados. (*Walther vestido ricamente de caballero se detiene en la puerta sorprendido viendo á Eva. Ésta lanza un grito y se queda inmóvil y en la misma postura, con el pié en el taburete. Sachs arrodillado delante de ella y de espaldas á la puerta.*) Aquí está; ya comprendo lo que es. Niña, tienes razón, es la costura; quédate así; te quitaré el zapato y lo pondré en la horma. (*Le quita el zapato y mientras ella aguarda, Sachs lo arregla.*) ¡ Qué pesado es mi oficio! Oye, niña, estaba pensando una cosa: ¡ si aspirase yo al premio para alcanzar tu mano! ¿ no escuchas?... pero, habla, ¿ no

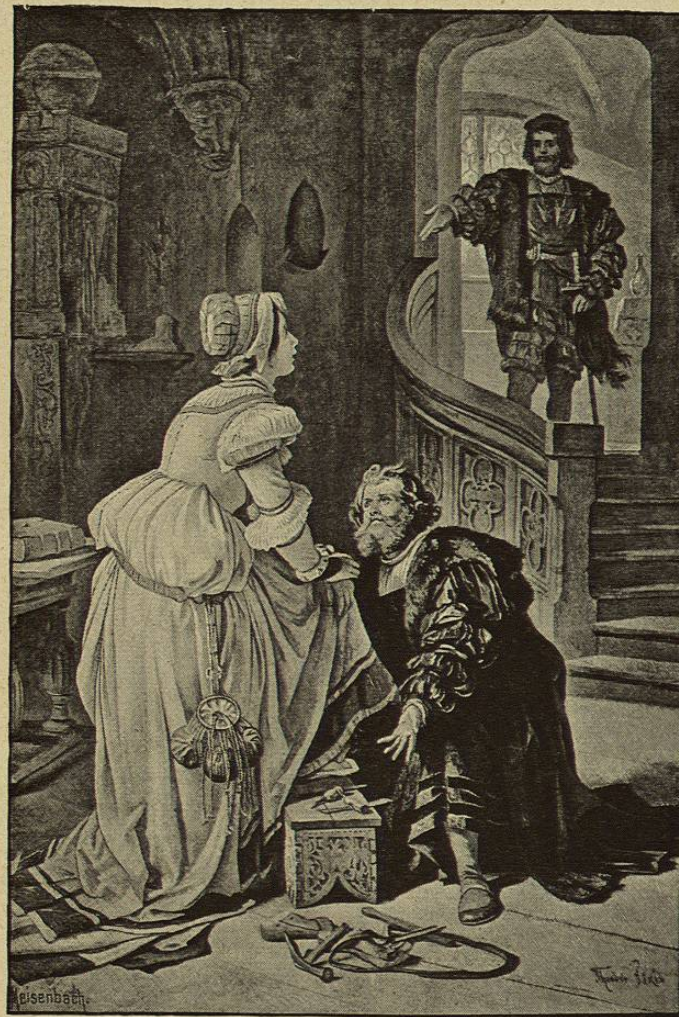
me lo aconsejaste tú?... ya comprendo, ya comprendo; si mientras trabajo alguien me cantara algo. Recuerdo una bonita canción cuya tercera estrofa era preciosa.

WALTHER (*siempre delante de Eva y en la misma postura*).—«Mientras centelleaban las estrellas brillantes y claras, ella, la más hermosa de todas las mujeres, ostentaba en su frente una guirnalda de suave fulgor. ¡Maravillas sobre maravillas se suceden en este día doblemente dichoso! Veo brillar dos ojos semejantes á dos soles ¡oh dulce imagen!... ¡Cómo me acercaría á ti! Ella depuso en su frente una guirnalda eligiéndole por esposo, y ahora le corona de gloria y derrama en el corazón del poeta delicias celestiales en un sueño de amor.»

SACHS (*ocupado hasta aquí en su trabajo, vuelve con el zapato y calza á Eva mientras Walther termina su canción*).—Escucha, niña, este es un canto magistral; eso que ahora cantan en mi casa... ¿á ver, cómo te sienta?... prueba de andar... ¿todavía te lastima?...

(*Eva, como encantada, se queda inmóvil escuchando y mirando á Walther hasta que prorrumpe en llanto y se echa en brazos de Sachs quien la estrecha suspirando. Walther se acerca y le estrecha la mano entusiasmado. Sachs hace un esfuerzo y se arranca de sus brazos con enfado, y Eva, sin querer, se apoya en los hombros de Walther.*

EVA (*atrayendo á Sachs*).— ¡Oh, Sachs! amigo mío, ¿cómo recompensar tu nobleza?... ¿qué hubiera sido de mí sin tu cariño?... ¡si tú no hubieras despertado mi inteligencia...! Cuánto hay en mí que vale algo, lo debo á tus consejos: tú me educaste, tú me inspiraste nobles pensamientos. Ríñeme, si quieres; yo estaba resuelta á ser tuya. ¡Querido maestro! Pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo; un tormento desconocido para mí, fatal, inconsciente... Tú mismo tenías miedo...



SACHS.—Hija mía; Hans Sachs sabe una historia muy triste de Tristán é Isolda y no quiso para sí la dicha de Marke. Ya era tiempo de conocer lo que te convenía; sin ello hubiera hecho una sandez: mira, allá va Magdalena... entra... eh, David, no sales? (*Magdalena muy bien vestida entra por la puerta de la tienda; sale al propio tiempo David también en traje de fiesta, y adornado con flores y cintas.*) Los testigos ya están aquí, vamos, padrinos, al bautizo!... poneos en fila. (*Todos se miran sorprendidos.*) Alguien ha nacido; ahora tenemos que bautizar al niño. Así es la costumbre entre nosotros; cuando un maestro inventa una nueva melodía se le da un nombre especial para distinguirla en adelante. Sabed, respetables presentes, los que os habéis reunido aquí, que el hidalgo Walther ha compuesto y cantado una nueva melodía, y, siendo el padre, designa como padrinos á la señorita Pogner y á mí, que, sabedores de la noticia, asistimos al bautizo, y como testigos, á Magdalena y á David; pues si bien, según nuestras leyes, no puede ser testigo un aprendiz, como hoy ha cantado perfectamente una composición de que es autor, le proclamo compañero. Arrodíllate y toma. (*David se arrodilla y le da una fuerte bofetada.*) Levántate, compañero, nunca la olvidarás. Para que no falte nada en este acto y nadie pueda decir que ha sido un bautizo de necesidad, puesto que la melodía es viable, voy á darle nombre en seguida. Se llamará «La celeste interpretación de un sueño matinal.» Su nombre será el mayor elogio del maestro. Ahora la madrina debe darle el parabién con una copla.

EVA.—«Grata como el sol sonríe para mí la felicidad, y brota para mí un raudal de delicias. Aurora celestial ¡cuán grande ventura presagio en sueños; qué dulce interpretarlos! ¡Ojalá me fuese posible cantar con una melodía tierna y sublime lo que siento; si es sueño,

apenas puedo decirlo; pero creo que esa canción alcanzará el premio!»

WALTHER.—«Tu amor puro y sublime me inspiró el talento de expresar las dulces penas de mi corazón. Apenas acierto á decir si dura todavía el celeste ensueño; mas si pudiese repetir ante los maestros cuánto dice esta melodía en este lugar silencioso, ganaba seguramente el premio.»

SACHS.—También yo quisiera cantar delante de la niña; mas he de sofocar en mi pecho la pena que le embarga. Un sueño hermoso me fascinó á la tarde; no me atrevo á interpretarlo! Esta melodía me dice que la eterna guirnalda sólo la merece el poeta.

DAVID.—¿Estoy despierto ó sueño? No sé. Fuí promovido á oficial. La cabeza se me va. Pronto en la iglesia Magdalena será mi esposa; pronto ascenderé á maestro.

MAGDALENA.—¿Estoy despierta ó sueño? No sé. Él, oficial; yo su novia. Pronto quizás ascienda á maestra. *(La orquesta empieza gradualmente una melodía más alegre.)*

SACHS *(da la señal de salir)*.—Ahora cada cual á su puesto... Señor padre, mil parabienes. Vamos deprisa á la pradera... *(Vanse Eva y Magdalena al taller.)* Vámonos, hidalgo. Sígueme, David. Buen ánimo, oficial! Cierra la tienda.

(Vanse Sachs y Walther. David cierra las puertas del taller. Se corre una cortina.)

MUTACIÓN

Crescendo.—Al levantarse de nuevo el telón, aparece en el fondo la ciudad de Nuremberg, y en primer término una pradera cruzada por el río Pegnitz vadeable en algunos puntos. Arriban á la orilla, de varios lados, en canoas y barcas,

empavesadas con banderas multicolores, ciudadanos de los gremios con sus esposas y niños, todos vestidos de fiesta. Á la derecha habrá un tablado, adornado también con banderas de los gremios, que van llegando. Los porta-estandartes toman las de los últimos gremios y las colocan también al rededor del tablado hasta que éste quede cerrado por sus tres caras. Á lo largo del proscenio, tiendas de bebidas y refrescos. Los ciudadanos con sus esposas é hijos pasean al rededor de las tiendas con mucha animación. Los aprendices de los maestros, en traje de fiesta y engalanados con cintas y flores, con varas en la mano, guarnecidas también de flores, ejercen su oficio de heraldos, y cuidan del buen orden en la ceremonia. Van recibiendo á los que llegan en las barcas; disponen la procesión de los gremios y los acompañan hasta el tablado, donde el porta-estandarte deja la bandera; luego, agremiados y oficiales se dispersan y confunden con la multitud. Siguen llegando los gremios.

LOS ZAPATEROS.—«¡Viva san Crispín! el zapatero de los pobres! viva el santo, el que robaba el cuero para servirles (1).»

(Los pífanos de la ciudad, los fabricantes de laúdes y juguetes para niños tocando sus instrumentos. Siguen los sastres.)

LOS SASTRES.—«Cuando Nuremberg estaba sitiada y afligida por la carestía, próxima á perecer, salvóla un sastre, osado y astuto, vestido con la piel de un macho cabrío, saltando así las murallas de la ciudad.»

LOS PANADEROS *(siguen inmediatamente al grupo anterior, de modo que su canto se mezcla con el de los sastres.)* «¡Qué terrible plaga es el hambre! ¡qué sería del mundo sin los panaderos!»

APRENDICES.—¡Adelante, adelante, muchachas! ¡Música, música! que la gente se divierta!...

(Llegan en una barca de varios colores algunas muchachas con ricos trajes de campesinas. Los aprendices ayudan

(1) En este, como en otros pasajes, nos vemos obligados á reducir á pocas palabras las estrofas de algunas canciones, por la razón indicada en el prólogo.

á las muchachas á poner pié á tierra y al són de los pitfanos bailan con ellas hacia el proscenio. Baile característico, propio de la fiesta, que consiste en una pantomima singular. Los aprendices intentan llevar á las muchachas á su sitio; otros las llevan á otro punto. Así dan la vuelta por todo el círculo, lo cual da más animación á la fiesta.)

DAVID (apeándose en el embarcadero. Los muchachos se burlan de él). — ¿Cómo? ¿ya bailáis? ¡qué dirán los maestros! ¿no me oís? pues entonces también yo quiero divertirme...

(Coge una linda joven y empieza á dar vueltas con la mayor velocidad. Risas y alegría.)

ALGUNOS APRENDICES.—David! mira que Magdalena te observa!

DAVID (asustado, suelta la pareja; pero no viendo nada, vuelve á bailar con más entusiasmo).—Dejadme en paz con vuestras chanzas...

LOS OFICIALES (desde el desembarcadero).—¡Los maestros cantores! los maestros cantores!

DAVID.—¡Justo cielo! ¡adiós, hermosas!
(Besa con ardor á la niña y escapa. Los aprendices interrumpen el baile de golpe, corren á la orilla y se ponen en fila para la recepción de los maestros. La gente abre paso á la intimación de los aprendices; salen los maestros cantores en procesión, y se dirigen á ocupar su puesto en el tablado. Abre la marcha Köthner como abandonado; luégo sigue Pogner llevando de la mano á Eva, seguida de varias señoritas ricamente adornadas. Magdalena se une á ellas. Después vienen los maestros, que son recibidos con aclamaciones. Cuando todos ocupan su sitio en el tablado, se sienta Eva en el puesto de honor, rodeada de sus acompañantes. Köthner coloca su bandera en el centro, de modo que sobresalga entre las demás. Los aprendices se ponen en fila delante del tablado y de cara al pueblo.)

LOS APRENDICES.—¡Silencio! ¡silencio!
(Sachs se adelanta algunos pasos. Al verle, el pueblo en masa prorrumpe en aplausos y agita los sombreros y pañuelos.)

EL PUEBLO.—Es Sachs! es Sachs! Ahí está el maestro! empiece el canto. (En actitud solemne.) «Despunta el día y entona sus trinos el ruiñeñor que alegra los valles y montañas; la noche se hunde en el Occidente y el Oriente alborea; la aurora con rojas tintas de fuego disipa las pardas nubes. ¡Viva Sachs! ¡viva el hijo predilecto de Nuremberg!

(Momento prolongado de emoción. Sachs, después de haber dado una mirada como soñando, en torno de la multitud, se inclina hacia ella y empieza con voz conmovida, pero firme:)

SACHS.—Para vosotros esto es fácil. Me dispensáis un honor que no merezco; si aspiro al aplauso es por ganarme vuestro cariño, y harta distinción es para mí haber sido elegido para abrir el certamen, loando el mayor premio. Ya que tenéis en tan grande estima el arte, he de probar que prefiero á todos los premios, los que á él se consagran. Esto os enseñará hoy un maestro recto y de noble corazón, quien ofrece por premio, delante de todo el pueblo, á su propia hija, su mayor tesoro, con todos sus bienes. Empieza el concurso. Á vosotros, maestros, que osáis competir delante del pueblo, os advierto que tengáis en cuenta la importancia de tan extraordinario lauro, y sea la conducta del que á él aspire, pura y noble... Esta solemnidad demuestra que la ciudad de Nuremberg fué siempre, entre todas, así en los tiempos antiguos como en los modernos, la que rindió mayor veneración al arte y á sus maestros.

(Sensación. Sachs se acerca á Pogner y le estrecha la mano conmovido.)

POGNER.—Sachs, amigo mío! ¿Cómo os daré las